

se retira á Bizancio para que Roma sea la capital del mundo Cristiano, y la Silla que sentara en ella un pobre Pescador del lago de Genezet domine en todas las naciones. ¡ Tan grande fue el triunfo de la Religion y de la Iglesia!

Empero no son solamente las persecuciones de violencia las que debe vencer esta hija del cielo. A los tormentos suceden los sofismas de la impiedad, los errores monstruosos de mil heregías, la relajacion de los mismos Cristianos: agitada sin cesar por alguna borrasca, su destino es el de no gozar jamás en la tierra de un perfecto descanso. El orgullo, la licencia, la avaricia, las pasiones todas coligadas en su daño, le suscitan incesantemente nuevas guerras, pero tambien le preparan nuevos triunfos. La heregía, ya deferente, ya atrevida, toma todas las formas, se cubre con mil máscaras, se vuelve y revuelve en todos sentidos para alterar sus dogmas; pero la Iglesia constantemente invariable en su doctrina, ve á las sectas rebeldes una en pos de otra espirar á sus pies: el espíritu de independenciam, la ambicion de dominar escita en su mismo seno divisiones, á que frecuentemente siguen cismas deplorables; luego á luego de sus entrañas despedazadas, pero siempre

fecundas, salen en tropas nuevos hijos que la consuelan de los que ha perdido. Algunos Príncipes envidiosos atentan contra sus derechos, y se esfuerzan á turbar su gerarquía divina; mas á pesar de todos los ardidés y violencias, su gobierno afirmado por los golpes que se le dan, subsiste inalterable, y se perpetúa de siglo en siglo en medio de los trastornos y ruinas de los gobiernos humanos. Su constitucion, la mas perfecta que pueda imaginar el hombre, lleva en sí misma el carácter de la eternidad que la dió el Hijo de Dios; en vano se inventarán teorías de reforma para destruirla, ella descansa en la piedra inmóvil sobre que la fundó Jesucristo. Puesto á su cabeza el Vicario del Hombre Dios, da leyes con autoridad soberana á todo el cuerpo de los Cristianos, rige con el cetro de paz y de caridad á los que permanecen fieles, y corta con la espada de la justicia divina que tiene en sus manos á todo miembro corrompido. Convoca este Pontífice soberano y preside las asambleas de la Religion; los Pastores oyen en ellas su voz como la del padre comun, y llevan á sus pueblos los preceptos y documentos que emanaron de la Silla de Pedro, como de la fuente de toda la potestad espiritual. Así no hay error, no hay cisma, no hay

plan alguno de impiedad que no sea desbaratado y plenamente confundido por esta sociedad santa: el Señor la cubre desde lo alto con su mano Omnipotente, y ella tiene depositada en su corazon la palabra de aquel que dijo: *Edificaré mi Iglesia, y todo el poder del infierno no prevalecerá contra ella.*

Basta: este conjunto luminoso de verdades, que son otras tantas muestras de la divinidad del cristianismo, es lo que descubre un hombre reflexivo al leer la historia de la Iglesia; la cual mirada bajo este aspecto es el libro mas útil que se puede ofrecer á todo Cristiano. Esta observacion hizo meditar por largo tiempo á los Editores, deseosos de contribuir al bien de la Iglesia Española, qué historia Eclesiástica darían á luz; porque, debemos confesarlo, no tenemos en España una obra acabada y perfecta en esta clase. Hemos mirado detenidamente las que publicaron en los siglos diez y siete y diez y ocho algunos sabios franceses é italianos, y entre ellas nos ha parecido deber dar la primacía á la que escribió el célebre Abate Berault-Bercastel. La fidelidad, la encantadora sencillez, el criterio, y la filosofía siempre dulce y humana dirigieron la pluma de aquel historiador ilustrado; su persuasiva y modesta elo-

cuencia, las patéticas descripciones que hace de los martirios de algunos Santos, el análisis siempre exacto de las obras de los Padres, y de las actas de los Concilios, el medio por fin que guarda siempre entre una prolijidad fastidiosa y una concision poco instructiva, le han merecido los elogios y las mas justas alabanzas. Él supo vencer las muchas y grandes dificultades que se ofrecen á primera vista á todo el que emprende escribir la historia de la Iglesia. Los objetos tan elevados y sublimes, y los hechos sin cuento, y sumamente prodigiosos que aquella contiene se ven delineados por el Canónigo de Noyón de un modo sencillo á la par que elocuente.

No obstante, algunas opiniones propias de muchos escritores Franceses se notan en esta excelente obra, que todo Español debe evitar. En la cuestion en que se disputan los derechos de la suprema autoridad del Romano Pontífice, nada mas seguro para el hombre católico que oír y obedecer ciegamente la voz de aquel, á quien Dios puso para apacentar á las ovejas y á sus Pastores particulares. Á nadie pues parezca extraño si en la traduccion libre que presentamos de la historia de Berault huimos de todo aquello que pueda ofender la crítica jus-

ta é ilustrada de los que en materias de disciplina y gobierno eclesiástico siguen invariablemente, y están unidos con los lazos mas estrechos á la Cátedra de Pedro, centro de toda verdad, y unidad religiosa.

La primera traduccion española de la historia de Berault nos ha parecido no corresponder en esta parte á nuestros deseos. Á mas, como observan los sabios Editores de la Biblioteca de la Religion, *la version de los cuatro últimos tomos está muy alterada, pues suprimió algunas cartas de la correspondencia de Jansenio, que contiene el original, con otros trozos interesantes, y algunas veces varió el giro de la expresion.* Prometieron tambien los traductores dar en cada tomo en forma de notas una breve noticia de la Historia Eclesiástica de España en cuanto la omitió el autor; mas por causas que ignoramos solo se ven estas notas en los dos tomos primeros. Todo esto pues nos ha inducido á emprender una nueva traduccion mas correcta en cuanto nos sea posible, aunque algunas veces seguimos y copiamos la primera, á saber es, cuando no se aparta de los pensamientos del original. Añadiremos en cada libro y en sus lugares propios las notas mas interesantes sobre nuestra santa Iglesia de España, bien que será siempre

con la brevedad que es propia de este género de ilustracion, pero sin omitir cuanto sea necesario y útil saber.

La continuacion de esta misma historia hasta el Pontificado inclusive del Santo Padre Leon XII. dará un nuevo y singular mérito á esta edicion. El siglo diez ocho tan fecundo en hechos propios de la historia de la Iglesia como en los que pertenecen á la civil, y la parte del diez y nueve que transcurrió hasta la muerte de aquel Sumo Pontífice, nos darán abundante materia para llenar dos tomos iguales á los de Berault. Los procedimientos é intrigas de los Jansenistas posteriores á Clemente XI. con todas sus consecuencias; las variaciones interminables de la Iglesia Anglicana y demás sociedades protestantes; las nuevas conquistas que ha hecho la fe católica en los paises de ultramar; las actas de los Santos; la cuestion importantísima de los Ritus de China, Siam y Malabar terminada felizmente por Benedicto XIV.; las obras de este sabio Pontífice, y demás escritores eclesiásticos, que florecieron en esta larga época; los errores de los incrédulos; los trabajos inestimables de los modernos Apologistas de la Religion; la funestísima revolucion francesa con todos los horrores de la persecucion que escitó contra la Iglesia y

sus ministros la Asamblea constituyente, continuaron la Convencion y el Directorio, y llevó al último extremo el Tirano de la Europa; las últimas revoluciones ocurridas en nuestra España, Portugal, Nápoles y Cerdeña por la parte que mira á la Religion, y á la Iglesia; las sociedades tenebrosas de Iluminados, Fracones, &c. &c.; por último los hechos principales cuya noticia merezca un lugar en la historia de la Iglesia ocuparán las páginas de la continuacion.

En ella tambien pondremos las notas que juzguemos mas necesarias para la inteligencia é ilustracion de los hechos mas principales: por manera que toda la obra forme un conjunto parecido en todas sus partes. El sabio Berault tuvo por mas conveniente no añadir nota alguna, creyendo, como dice en el prólogo, que disminuyen á las veces el interés de la lectura principal, y dejan obscuridad en el testo, ó en el espíritu del lector; mas nosotros debiendo cumplir lo que hemos ofrecido, las creemos absolutamente necesarias; puesto caso que seria destruir el testo del autor si hubiéramos de añadir en él las noticias sobre la Iglesia de España que son para nosotros la parte mas interesante de la historia. Y si bien es cierto que el lector menos

atento se confunde entre notas, y original, los que leen la historia con la reflexion debida, dan el justo precio que se merece una nota, en la cual se aclara un hecho singular, ó se fija la época de los sucesos, ó se manifiestan los fundamentos de una opinion. Tal es el plan que nos hemos propuesto, el que seguiremos constantemente en esta edicion. No presumimos tanto de nuestras débiles fuerzas, que creamos nuestro trabajo libre de todo defecto. Sin embargo confiamos en que el Señor que ve hasta el fondo del corazon humano aprobará nuestros designios, y el público hará justicia al deseo que manifestamos de serle útil, y á la pureza de nuestra intencion.

## PRÓLOGO DEL AUTOR.

Inútil juzgarán nuestro trabajo algunos lectores cuando vean anunciada esta nueva Historia Eclesiástica, diciendo que las publicadas hasta el dia bastan á contentar sus deseos: pero otros, quizás los mas instruidos, que ansian una obra que ocupe el lugar medio entre la de Fleuri y la de Choisi, ensalzarán nuestro intento de dar á la luz pública una Historia de la Iglesia, no tan voluminosa como la de Fleuri, y mas instructiva y filosófica que la de Choisi.

Nosotros no presumimos tanto de nuestras propias fuerzas que creamos dejar en zaga al primero en la crítica, en la exactitud, en la eleccion y órden de las materias, y en la elocuente y persuasiva sencillez del lenguaje (\*); pero treinta y seis gruesos volúmenes del autor y de su continuador arredran á muchas de las personas para quienes principalmente se escribe esta Historia, cuales son los eclesiásticos jóvenes y los piadosos seculares que desean imponerse por principios en el conocimiento de su Religion. Cuando una necesidad absoluta y universal determinase todos los puntos de que trata el autor, la estension naceria

(\*). Para no equivocarse el lector en la idea que forme del mérito literario de la historia del Abate Claudio Fleuri, deberá leer con atencion la crítica que escribió de esta obra el Doctor Marqueti, y la Biblioteca de Religion, tom. 6. pág. 250, tom. 15, pág. 37, 39, 83, 86, 103, 137 y 147, y tom. 17, página 334 y 335.

entonces de la materia misma, y seria preciso conformarse con ella, sin ir tras un laconismo imposible y nocivo: mas tenemos para nosotros que gran parte de esta obra es inútil al mayor número de los lectores de que hemos hecho mencion.

Seria de desear, por el contrario, que la historia del Abate Choisi no fuese tan compendiosa, y que el escritor no hubiese temido, como dice él mismo, alargarla demasiado y recargarla de erudicion. Sin haber aumentado los volúmenes, pudo haber acrecentado la utilidad, elevándose mas y concretándose á su objeto. Ensartar á cada página lo sagrado con lo profano, las intrigas del mundo y de la corte con las austeridades del desierto ó del claustro, no es escribir la Historia de la Iglesia, sino la universal de las naciones.

Agréguense á estas dos Historias Eclesiásticas varios compendios, ó muy lacónicos que solo sirven para traer á la memoria lo que ya se sabe, ó muy difusos y mas dignos por esta sola razon del título de Historia que la obra de Choisi, pero en los cuales se echan menos muchas observaciones críticas. Nosotros nos abstendremos con la mayor circunspeccion de tocar todos aquellos puntos que pudieran dividir los ánimos, ya por no haber en ellos seguido los autores principios fijos, ya por haberse separado alguna vez de ellos á pesar de reconocerlos, y nos contentaremos con enunciar generalmente las máximas mas sanas y juiciosas.

Lo arriba dicho sobre el método de los dos his-

toriadores, entre los cuales queremos conservar un lugar medio, es bastante para dar una idea del plan que nos hemos propuesto. Es nuestro intento juntar en una obra de mediana estension, las ventajas particulares de las diferentes Historias de la Iglesia publicadas hasta el dia, omitir lo supérfluo, suplir lo defectuoso, y hacer proporcionada en fin esta Historia, por su justa estension y metódica simplicidad, á la capacidad de los fieles que desean imponerse por principios en la santa Religion. Creemos que una obra de esta naturaleza no será inútil, á pesar de las que tenemos sobre la misma materia, y pensamos no poderla desempeñar de otro modo, que aprovechándonos de las tareas de tantos autores que allanaron sucesivamente este camino; porque sus escritos ofrecen materiales prontos, dispuestos en gran parte y presentados con mas ó menos ventaja, y vemos hasta donde llegaron felizmente y hasta donde podian haber llegado. Tratamos pues de evitar sus preocupaciones; de investigar algunas veces las fuentes con mayor diligencia que ellos; de consultar algunos monumentos que despreciaron, ó que en su tiempo no estaban descubiertos; y no confiaremos esclusivamente en este ó en aquel autor, ni en los escritores de tal ó tal partido; solo el amor de la verdad será el norte que guiará constantemente nuestra pluma. Así, aunque carezamos de la profundidad de nuestros guias y modelos, podremos recoger algunas verdades, que con un paso mas hubieran descubierto; y sin hacer alarde de acertar al blanco, nos acercaremos á él cuanto nos sea posible.

¡Á Dios pluguiese que solo tuviéramos que ordenar las materias y juntar lo que se halla esparcido en una multitud de obras, que pocas personas pueden leer ni adquirir! No tendremos la menor dificultad en sacar de todos los autores, como es preciso para la sustancia de las cosas, lo necesario, seguir su método, tomar los pasages mas interesantes, y aun valernos de aquellas espresiones propias y exactas, consagradas por el uso de los doctores santos y de los escritores mas fieles, con especialidad en materia de dogma, en que es tan peligroso querer innovar cosa alguna. Ningun lector sensato llevará á mal, que en varias ocasiones nos esplicuemos como los historiadores que trataron antes que nosotros los mismos asuntos; pues muchas veces no hay mas que un solo modo de esplicar bien un pensamiento; y en este caso queremos mas repetir las espresiones oportunas de los que nos han precedido, que substituir otras débiles ó impropias, como lo hicieron muchos escritores modernos, por una emulacion mal entendida. Pensamos, y lo decimos sin rubor, valernos de todas las obras antiguas y modernas, que pueden concurrir á enriquecer la nuestra; porque no pretendemos la gloria de la invencion, y nos contentamos con dar á la nuestra, si es posible, un curso libre y fácil, y un estilo suave y natural. Tal es el justo reconocimiento que tributamos á todos los escritores eclesiásticos de mayor nota, y en particular á la historia de Fleuri, como á la mas exacta y á la mas perfecta, ó á lo menos, segun sus mas severos críticos,

como á la mejor coleccion de Memorias para la Historia de la Iglesia. Pero examinemos el objeto ó fin de las cosas, porque es muy importante no perderle de vista.

No andaria sin duda acertado el que quisiera decirlo todo, referir ó tocar todos los sucesos, y contar una infinidad de hechos idénticos y de poco momento. Y ciertamente no podemos seguir mejores modelos, que los escritores inspirados. Aprendemos lo que conviene ó no apreciar, al leer la Historia del antiguo Testamento, que forma la parte primera de la Historia Eclesiástica considerada en toda su estension, los fastos del pueblo de Dios y todas las Divinas Escrituras. En los libros santos se trata del modo mas lacónico de lo meramente curioso, de lo que se mezcla con las cosas humanas y con los intereses mundanos, hablándose solo de ellos por las conexiones que tienen con los objetos de un orden superior. Pero los escritores sagrados, tanto en la Historia de los Hebreos como en la mencion que hacen de las demás naciones, se estienden con placer en todos los hechos y objetos religiosos, en los prodigios de la fe y de la virtud, y en todo lo que levanta y sublima nuestra alma hasta el Dios que se daba á conocer por unos órganos tan dignos. Así es, que el objeto principal de esta Historia de la Iglesia se encaminará á formar el corazon y á mejorar las costumbres. De este modo los hechos aparecerán como la corteza; y sin amontonar todos los de una misma naturaleza, procuraremos elegir únicamente los mas propios para descubrir é incul-

car las verdades sólidas que deseamos establecer; mas no obstante huiremos el tono de moralidad, la profusion de máximas y sentencias, haciendo pocas reflexiones y dejando campo al lector para que haga muchas: pues la Historia debe instruir por los hechos en cuya relacion consiste principalmente.

Por lo que mira á la Historia Eclesiástica, su objeto no es otro que la fe, la disciplina y las costumbres; esto es, el principio y los efectos de la autoridad de la Iglesia, las máximas de su gobierno, los diversos medios de santificar sus miembros, los admirables recursos con que la fortaleció el Espíritu Santo contra todos los esfuerzos que hace el inferno, para romper su unidad y empañar su pureza. Tales son los límites que nos prescribe la naturaleza de las cosas, y á los cuales nos ceñiremos puntualmente, resueltos á no introducir en nuestra obra opinion alguna de la escuela, y mucho menos las de partido. Haremos los mayores esfuerzos por seguir siempre con una atencion religiosa el método del Concilio de Trento, tan lleno de sabiduría como de dignidad, que evitando hasta la mas mínima sospecha de parcialidad, ni adoptó, ni reprobó opinion alguna libre y controvertida entre los ortodoxos. Finalmente, segun nuestro plan, la Historia de la Iglesia es en compendio, ó mejor en sustancia, la Historia de su santa integridad y de las cualidades esenciales que debe conservar con esplendor y sin interrupcion, hasta la consumacion de los siglos. Fundados en este principio invariable y sin perderle jamás de vista, se puede

luego determinar la eleccion y distribucion de los hechos, el fondo y forma de nuestra obra, la union tan difícil de las materias, y las transiciones mas principales. Nos limitaremos pues á los hechos sustanciales. Los que no lo sean, y mucho menos las materias estrañas y profanas, no tendrán lugar en este magestuoso conjunto; lo que en nuestro concepto es de tanta importancia, que en las personas que ocuparon officios relativos al siglo y á la Religion, distinguiremos con la mayor escrupulosidad lo perteneciente á uno y á otro.

De ningun modo debe confundirse en un Príncipe cristiano, lo que obró como Príncipe con lo que hizo como cristiano; al modo que en ciertos Prelados, por egemplo en los del imperio francés bajo la segunda dinastía, y en los de Alemania bajo el gobierno de su actual constitucion, es necesario procurar, y efectivamente lo haremos así, no confundir lo que hicieron como señores temporales, ó como vasallos primeros del imperio, con los deberes y funciones propias del episcopado y del cristianismo.

Así conseguiremos pasar en silencio cosas inútiles y no omitir las necesarias. Desterradas superfluidades y digresiones, ganaremos campo suficiente para tratar de un modo digno los sucesos interesantes á nuestro objeto; y sin disgustar á los lectores con un número infinito de volúmenes, podremos presentarlos, bajo todos los aspectos y con todas sus circunstancias esenciales, indicando los resortes ó el principio de las acciones, el orden y union de los designios, y